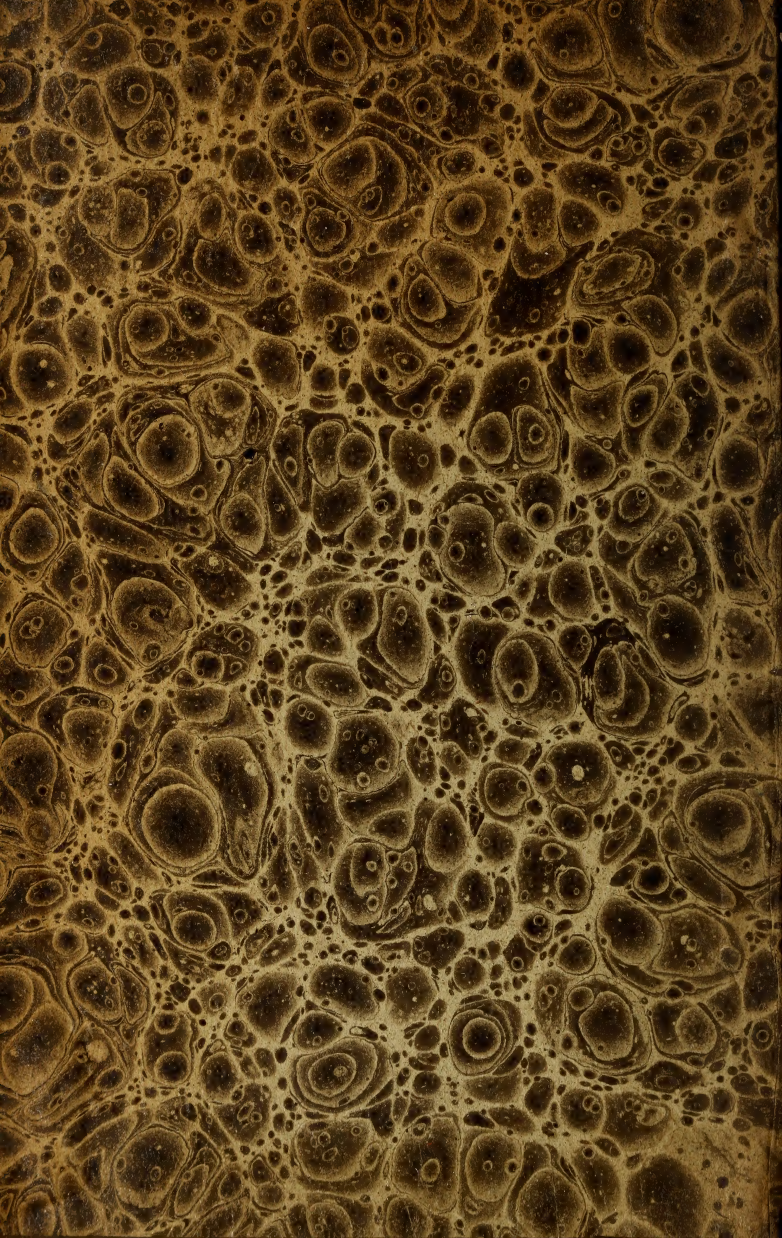
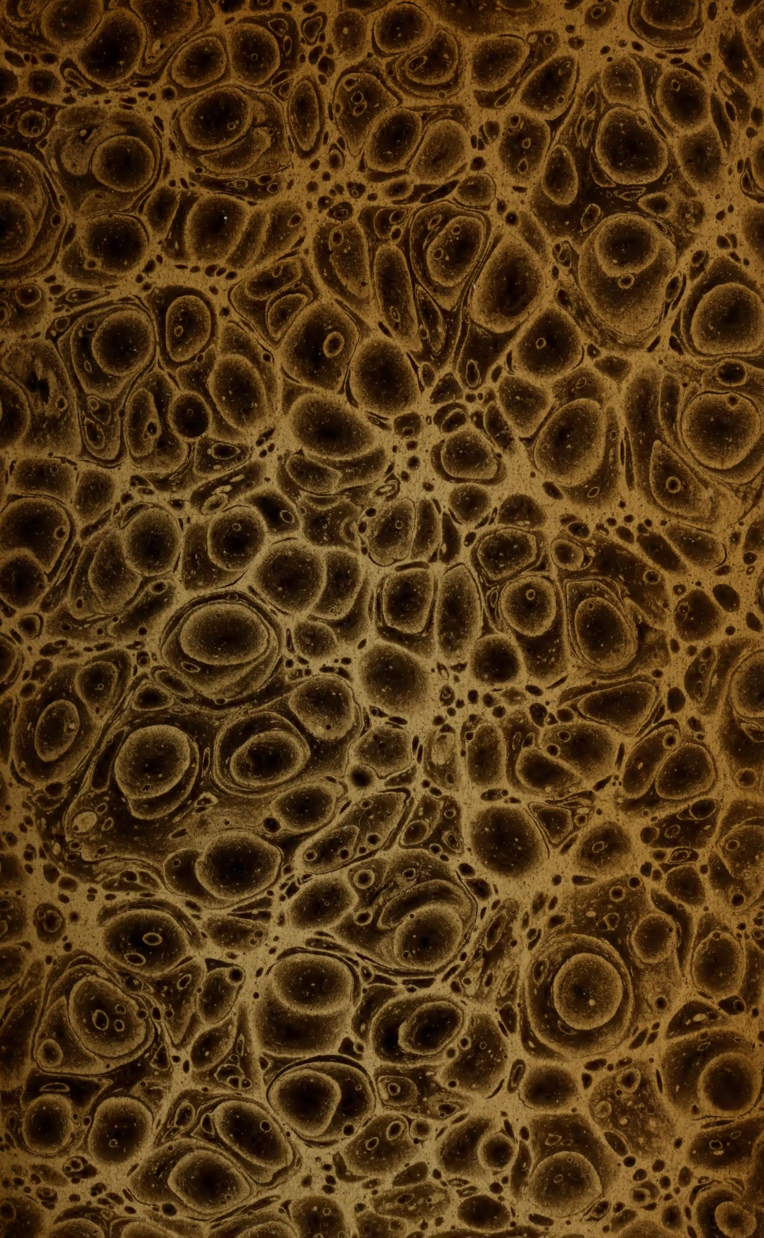

3 1761 09544973 2





LA ALCAIDESA DE PASTRANA

DEL MISMO AUTOR

VERSO

ODAS, segunda edición aumentada.

LAS VENDIMIAS, poema geórgico

EGLOGAS.

ELEGÍAS.

VENDIMIÓN, poema.

CANCIONES DEL MOMENTO.

ROMANCERO DE D. JUAN. En preparación

TEATRO

EL PASTOR, poema dramático.

BENVENUTO CELLINI, biografía dramática.

LAS HIJAS DEL CID (premio de la Real Academia Española), leyenda trágica.

DOÑA MARÍA LA BRAVA, segunda edición.

EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL, segunda edición.

EL REY TROVADOR. En preparación.

NOVELA

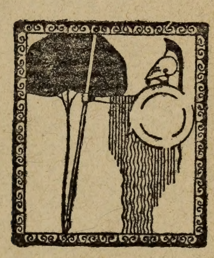
ALMAS ANÓNIMAS.

LAS DOS VIDAS. En preparación

E. MARQUINA

LA ALCAIDESA DE PASTRANA

AUTO TERESIANO EN UNA JORNADA



MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES
1911

Imprenta Artística Española, San Roque, 7 —Madrid

A

MARÍA GUERRERO

INTERVIENEN EN ESTE AUTO:

TERESA DE JESÚS :: PRINCESA DE ÉBOLI :: DOÑA BEATRIZ :: TERESICA CEPEDA :: HERMANA TORNERA :: INÉS DE LA CRUZ :: ROSA DE SAN JOSÉ :: CATALINA DE YEPES :: BERNARDA :: OTRAS CARMELITAS DESCALZAS Y ANTONIO PÉREZ

SE ENCARGARON DE SU REPRESENTACIÓN:

DOÑA MARIA GUERRERO :: ELENA SALVADOR :. MARÍA CANCIO :: JOSEFINA BLANCO :: CATALINA BÁRCENA :: CARMEN JIMENEZ :t AURORA LE BRET :: MILAGROS JIMÉNEZ :: CONSUELO LEÓN :: MATILDE BUENO :: SEÑORA BOFILL :: LUISA GARCÍA :: AURORA RIQUELME Y DON FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA

La escena es en los claustros del palacio de Pastrana, convertido en monasterio de la Orden de las Descalzas. Se ven únicamente dos lados del claustro, que se unen, formando ángulo en el fondo. En este ángulo, un portalón que da ingreso al claustro desde la portería del monasterio. En la parte derecha, puerta que conduce al huerto y habitaciones de la Comunidad. En la parte izquierda, puertecita más pequeña comunicando con las cocinas, refectorio y otras dependencias del monasterio. Pozo con adornos de hierro y algunos tiestos floridos en el centro de la escena.

Al levantarse el telón suena la esquila del convento, marcando la hora de la recreación á la Comunidad. Estarán en escena la PRIORA DOÑA BEATRIZ, sentada junto á una de las columnas del claustro, y acurrucada á sus pies DOÑA INÉS DE LA CRUZ. TERESICA CEPEDA sube agua del pozo y la vuelca con ruido en una cántara de barro.

INÉS DE LA CRUZ

¿Por toda recreación,
vos escogéis trabajar,
madre?

DOÑA BEATRIZ

Me tarda adornar
con paños de comunión
las tablas de nuestro altar.

TERESICA

(A Rosa de San José, que viene con hortalizas del huerto, atravesando la escena para desaparecer por la lateral izquierda.)

¿Ya da el huerto en qué tronchar
tan abundante ración?

ROSA DE SAN JOSÉ

Que él nos dé la colación
y Dios con lo que cenar.

(Sale por la lateral izquierda)

DONA BEATRIZ

¿Pero es sólo diversión,
Teresica, este pózar
del agua sin discreción?
No pares en canjilón;
que, si entra en ti bendición,
saldrá sin aprovechar.

TERESICA

Lo hago por obligación;
que así me mandan holgar.

DOÑA BEATRIZ

¿Te manda?... ¿Quién?...

TERESICA

¡La Princesa!

DOÑA BEATRIZ

Di, Teresica, doña Ana;
que ella es aquí nuestra hermana,

y el Princesa y el Duquesa
y el Eboli y el Pastrana
los mata esta burda lana
de nuestra madre Teresa.

TERESICA

Pues doña Ana me mandó...

DOÑA BEATRIZ

Di más bien que te ha rogado.

TERESICA

¡Un ruego muy voceado,
según las voces que dió!

DOÑA BEATRIZ

¿Tendré que mandarte yo
que me respondas de grado?

TERESICA

Perdón, madre; no he querido...
Como Doña Ana ha sabido
que esta tarde, de la Corte
vendrá, á traerle cumplido
del Rey, un esclarecido
personaje, habrá querido
presentarse de buen porte.
Y en su celda está, á partido
con unas galas pomposas

que un su correo ha traído
y un reluciente vestido,
todo de piedras preciosas.
Que, antes de encerrarse en él,
como le parece mal
traer con brillo el sayal
pero sin lustre la piel,
agua me pidió, en que entrar
á tan frescas abluciones,
que todas sus perfecciones
no dejaran de brillar:
¿puedo llevársela y dar
cumplido á sus comisiones?

DOÑA BEATRIZ

(Benévola y encantada con Teresica.)

Ve... ¡pero con pena advierto
que á parar no vaya al huerto
agua que salió del pozo!

TERESICA

(Ya con su tinajilla de barro apoyada en la caderita incipiente y disponiéndose á salir.)

¡Y yo la echara, de cierto,
en él, con mucho más gozo!

(Acercándose á Doña Beatriz, ingenua.)

Pero, con todo, si el ser

para el huerto, viene á hacer
esta agua y mi acción mejores,
yo quiero, madre, creer
que es un huerto la Princesa...
—Doña Ana, digo...— en que besa
el agua, á cientos, las flores.
Y como, al fin criatura
de Dios, no peco admirando
su belleza, ni cuidando
para Dios tanta hermosura,
¡hortelana y jardinera
vendré á ser de un huerto vivo
en donde riego y cultivo
una humana primavera!

(Sale Teresica con una risa argentina. La sigue un instante, con maternal ternura en las miradas, Doña Beatriz. Entra por la puerta del fondo la Hermana Tornera.)

HERMANA TORNERA

(A Doña Beatriz.)

Madre... pasan de camino
y á nuestro torno se acercan
unos soldados hambrientos
que se vuelven á sus tierras.

DOÑA BEATRIZ

(A Inés de la Cruz.)

Hermana Inés, vea adentro

quién anda con las cazuelas
esta tarde...

INÉS DE LA CRUZ

Hermana Rosa
de San José.

DOÑA BEATRIZ

Bien; que vea,
en la ración y el condumio,
de hacer lo mejor que pueda;
que esta noche, Dios nos manda
sus hijos á nuestra mesa.

(Sale Inés de la Cruz por la lateral izquierda. Doña Beatriz á la Tornera:)

Dígales vuestra merced
que al atardecido vengan
por lo que haya; comerán,
mediante Dios, nuestra cena;
que, si el frío aprieta tanto,
que les pasaremos leña;
hagan alto en el portal
y allí coman, á defensa
de los aires, y, si quieren,
que en él guarecidos, duerman
hasta mañana; ¡y Dios Padre,
si es mal, me lo tome en cuenta!

HERMANA TORNERA

¿No manda la madre más?

DOÑA BEATRIZ

Sí mando, Hermana Tornera.
Ya sabe cómo esta tarde
en el convento se espera
una visita.

HERMANA TORNERA

Del alto
Secretario de su Alteza,
señor Don Antonio Pérez,
que trae, para la Princesa,
cartas del Rey; no lo olvido:
¿qué habré de hacer cuando venga?

DOÑA BEATRIZ

Ya sabe que hombre nacido
no ha de cruzar nuestras puertas
siendo seglar. Si él lo quiere,
deténgale como pueda.

HERMANA TORNERA

¿Si muestra escritos del Rey
que le autorizan y ordenan
hacerlo?...

DOÑA BEATRIZ

No estamos tan
sin enemigos, Tornera,
que desafiar al Rey
podamos, pobres monjuelas.

HERMANA TORNERA

Siempre pensé que admitir
á lo áspero de la regla
dama tan de Corte, madre,
mal tercio se nos hiciera.

DOÑA BEATRIZ

Recuerde los donativos
que deben á la Princesa
nuestras casas; que esta misma
en que habitamos, es de ella.
Mitigóle el noviciado
la propia Madre Teresa;
mas, ni le cortó la acción
ni le cerró nuestras puertas;
que era la de Eboli entonces,
en estos reinos, la Reina,
y sigue siéndolo, y nadie
podía luchar con ella.

HERMANA TORNERA

Nuestra madre, sí.

DOÑA BEATRIZ

Tal vez;
pero ella sola.

HERMANA TORNERA

¿Y no acierta
por qué nuestra Fundadora,

que, por las cartas de vuestra
merced, conoce el peligro
de esta tarde, no contesta?

DOÑA BEATRIZ

¡Acaso porque, sabiendo
cuán sin razón esta sierva
de Dios es aquí Priora,
hoy quiere ponerme á prueba!

INÉS DE LA CRUZ

(Saliendo de la lateral izquierda, á Doña Beatriz.)

Madre, nuestra Hermana Rosa
ya está en preparar la cena
de los soldados.

DOÑA BEATRIZ

¡Dios haga
que toda á su gusto sea!

(A la Hermana Tornera.)

¿Son muchos?...

HERMANA TORNERA

No más de doce,
según dijeron.

INÉS DE LA CRUZ

La cena
va para quince; nosotras

si nuestra madre lo aprueba,
no cenamos, ofreciéndolo
para el buen fin de la guerra:
¡venga en ello!...

DOÑA BEATRIZ

En ello estoy,
¡y Dios acoja la ofrenda!

INÉS DE LA CRUZ

Unas tenemos hermanos
y algunas el padre en ella:
pensaremos esta noche
que, á cobijo en nuestra puerta
padres y hermanos, los pobres
comen de nuestra pobreza.

DOÑA BEATRIZ

(A la Hermana Tornera, que sale enjugándose las lágrimas con el estolón del hábito.)

Ya lo oyó, hermana. Y las lágrimas,
cuando es por bien, no retenga.

(A Inés de la Cruz.)

¿No ha acabado todavía
la recreación, hermana?

INÉS DE LA CRUZ

No ha sonado la campana.

DOÑA BEATRIZ

(Con esfuerzo; probando á levantarse.)

Déme acá el brazo, hija mía...

(Mientras, apoyada en la Hermana Inés de la Cruz, se pone Doña Beatriz en pie, entra corriendo, por la lateral derecha, Teresica.)

¡No, no! Ni los galeones
que vi en esos oceanos,
ni todos los orejones
de los indios peruvianos,
ni altar en Pascua, ni paños
de embajador bisorrey,
ni el mismo trono de un rey,
con damasco en los escaños,
traen tanto oro, aljófar, plata
y joyas, Madre Priora,
como trae hoy la señora
sobre su traje escarlata.
¡Es maravilla!...

DOÑA BEATRIZ

(Amenazándola con la mano.)

¡Se calle
la consentida!

TERESICA

(Sin hacerle caso.)

Al entorno

del cuello, nada: un adorno
de acero que ajusta al talle;
va todo el paño brochado
y da el conjunto una unción
como de una aparición
en un retablo pintado...
¡Qué bella mujer asoma
Doña Ana, entre tanto encaje,
que modos le dan al traje
de relicario de Roma!
Digo...

DOÑA BEATRIZ

¡Teresica!... ¿Qué es
este desmedido hablar
y este lo santo mentar
y lo profano después,
que me parece mirar,
según te estoy escuchando,
á un diablillo, jugando
con las flores de un altar?...

TERESICA

Ingenuamente atemorizada; persignándose.)

¿Tanto dije?...

DOÑA BEATRIZ

¡A fe que sí!
Ni sé tu tía en qué piensa

cuando te sacó dispensa
de edad, por dejarte aquí.

TERESICA

Perdone...

DOÑA BEATRIZ

¡No se replica!
¡Ya escribirá la Priora
y oirá nuestra Fundadora
cosas de su Teresica!

(Teresica, escondiendo el rostro en sus bracitos cruzados, se apoya junto al pozo para llorar, avergonzada. Doña Beatriz, apoyada una mano en el brazo de Inés de la Cruz, la otra en el báculo, viene andando hacia la lateral derecha; en la lateral izquierda, con un abanico de esparto, de los que atizan el fuego, en una mano, aparece la Hermana Rosa de San José, y á su lado, con mandil muy tosco sobre el sayo, la Hermana Catalina de Yepes. A la acción y á las palabras de todas, se adelanta la Hermana Tornera, que entra, con agitación grande, por la puerta del fondo, los brazos en alto, diciendo:)

HERMANA TORNERA

¡Llega!...

DOÑA BEATRIZ

(Volviéndose.)

¿Quién llega?

HERMANA TORNERA

(Casi sin poder hablar.)

¡Está aquí!

DOÑA BEATRIZ

¿Quién?

HERMANA TORNERA

¡Nuestra Madre Teresa!

DOÑA BEATRIZ

(No queriendo dar crédito á lo que vivamente desea.)

¡Te engañas!

HERMANA TORNERA

Cruzar la vi
la vereda que atraviesa
por los trigales; son dos:
ella y Bernarda la lega...

DOÑA BEATRIZ

¡Pues, entonces, no es que llega,

sino es que la manda Dios!

(A las Hermanas Rosa y Catalina.)

¡Pronto, su sillón!... ¡Traed
paños de la sacristía!

(Salen las dos hermanas á sus comisiones; Doña Beatriz á Teresica Cepeda, que, con la cara radiante, muestra ya haber olvidado su disgusto.)

¡Tú, Teresica, hija mía,
pozá, que vendrá con sed!

(Teresica obedece con alegre prontitud.)

HERMANA TORNERA

¿Yo á qué atiendo?

DOÑA BEATRIZ

Atienda, hermana,
á recibirla á la puerta.

(Sale la Hermana Tornera.)

INÉS DE LA CRUZ

¿Yo?...

DOÑA BEATRIZ

¡Corra, aprisa, á la huerta!

¡que no den á la campana;
que vengan aquí en seguida!

(Sale corriendo Inés de la Cruz por la lateral derecha.)

¡Y alabado el Señor sea,
que no me quita la vida
sin que de nuevo la vea!

ROSA DE SAN JOSÉ

(Entrando por la izquierda con un sillón de cuero no muy grande; la sigue Catalina de Yepes, que trae una alfombrilla.)

La última vez, ha tres años,
aquí mismo se sentó.

(Cuidadosamente coloca el sillón junto á una columna del claustro.)

CATALINA DE YEPES

¿Los paños encima?...

DOÑA BEATRIZ

(Solícita.)

¡No,
sino en el suelo los paños!

(Mientras están en esto, entran por la lateral derecha, precipita-

damente, hasta seis monjas más con la hermana Inés de la Cruz, que fué á buscarlas. Se unen á ellas, ya terminadas sus mandas, Teresica Cepeda, Catalina de Yepes y Rosa de San José; todas bullen, gozosas y emocionadas.)

MONJA 1.ª

(Entrando.)

¿Llega?...

DOÑA BEATRIZ

¡Sí!

MONJA 2.ª

(Idem.)

¿Llega?

MONJA 1.ª

(A la segunda.)

¡Sí, sí!

INÉS DE LA CRUZ

¡Qué alegría!

MONJA 3.ª

¡Qué alegría!

MONJA 1.ª

¡Y yo que nunca la vi!

DOÑA BEATRIZ

¡Pues verá un cielo, hija mía!

(Siguen un instante los murmullos regocijados, como de jaula de pájaros al sol. Entra en esto, por el fondo, con el traje manchado y sucio del camino, una alforja pesada con una cuerda al hombro, la cayada blanca y las tocas venerables, la gran Fundadora; viene dándole el brazo Bernarda, una lega robusta y joven. Las sigue con los ojos llorosos, y de cuando en cuando enjugándose los ojos con los paños del hábito, la Hermana Tornera.)

TERESA DE JESÚS

(Deteniéndose al entrar.)

¡Sea Jesús con la casa!

DOÑA BEATRIZ

¡Ella!

(Un gran silencio. Nadie se atreve á moverse, permaneciendo todas extáticas para contemplar á la sublime criatura.)

TERESA DE JESÚS

Bien me está el respeto,
hijas; mas no tan escueto
que quiera pasar la tasa.
Mujeres sois; yo mujer;
que no nos podemos ver
ya hace tres años, no un día:
¡pues apenas si ha de ser
esta, ocasión de mover
una buena algarabía!

(Tendiéndoles los brazos sonriente.)

¡Venid!...

TERESICA

(Corriendo, la primera.)

¡Madre!

ROSA DE SAN JOSÉ

(Yendo también hacia la Fundadora.)

¡Madre!

DOÑA BEATRIZ

(Avanzando, apoyada en el brazo de Inés de la Cruz.)

¡Hermana!

TERESA DE JESÚS

(Haciendo también por ellas; á la Madre Priora.)

¡Llegue, hermana!

(A las otras monjitas que la rodean, arrodillándose para besarle las manos:)

¡Hijicas mías!

(Con las manos sobre sus cabezas y levantando los ojos al cielo:)

¡Y cómo medra en sus crías
mi palomar de Pastrana!

(Mentalmente, con los ojos en alto, reza un instante.)

DOÑA BEATRIZ.

(Viniendo á primer término; á su voz se descompone el grupo.)

¡Madre, venga!... Esta es su silla.

TERESA DE JESÚS

¡No, yo en mis plantas, señora,
y ella, aquí, que es la Priora,
mas yo una pobre monjilla!

(Obliga á la Madre Priora á sentarse en el sillón que le apercibieron; coloca ella misma los tapices á sus pies, agachándose.)

Así... y de aquí no se quita;
porque esta alfombra á sus pies
no es regalo, sino que es
peana de mi santita.

TERESICA

(Quitando á Teresa de Jesús la alforja que lleva al hombro.)

Madre, ¿la puedo librar
de esta carga?

TERESA DE JESÚS

(Revolviéndose vivamente, con gracejo:)

¡No es mochuelo
con quien nadie ha de cargar!
¡Miren que carga llamar
á mis pedazos de cielo!
¿Sabes, sobrina, en mi hatico
lo que llevo?... ¡Vas á ver
si riqueza puede haber
mayor, en hato más chico!

(Es Teresica quien mantiene abiertas las alforjas; la Santa va sacando de ellas y nombrándolos, al mismo tiempo, un Niño Jesús de talla, un tarro con agua bendita, un reloj de arena y una campanita de mano.)

Mi cordero...

(Por el Niño Jesús: lo besa.)

¡Agua bendita...
los pobres granos de arena
del tiempo y la campanita
que los cuenta y los ordena!...
¡Y así, Teresica mía,
van conmigo, en mi zurrón,
mi vida, mi institución,
mi altar y mi sacristía!
¡Con que, haciendo mis jornadas,
cuando descanso, he lugar,
con todo esto, de fundar
monasterio en las posadas!
¡Y así quiero yo mi hatico
más que perlas, oro y luz!...

TERESICA

(Escudriñando en las alforjas.)

¡Queda más!... ¡Pan!

(Saca unos mendrugos de pan.)

TERESA DE JESÚS

(Sacando, por último, un libro con cubiertas de pergamino.)

¡Y un librico
nuevo, de Juan de la Cruz!
Porque fray Juan, escribiendo,
lo hace tan á lo divino,
que leerle, en un camino,

es ir con alas, leyendo...

(Se sienta en el banquillo que antes usaba Doña Beatriz, y confidencialmente, añade:)

El y otro fraile bendito,
por nuestra Reforma están
que ya no tienen remedio;
y como él es chiquitito,
digo que á ayudarnos van,
desde ahora, fraile y medio.

(A Teresica, que se quedó con el zurrón.)

Dame lo que es letra aquí.

(Teresica le entrega el libro; la de Jesús, levantándolo en su mano, añade:)

Y antes de la colación
les leeré una canción
que de camino leí.
Cuanto al pan... pienso que, aunque hemos
llegado sin avisar,
en casa no ha de faltar
con lo que todas cenemos.

DOÑA BEATRIZ

(Desolada.)

¡Ay, madre!... ¡Y con cuánta pena
se lo digo! Pues vinieron
soldados que nos pidieron

de comer, y á boca llena,
mis hijas, que lo supieron,
les ofrecieron su cena!

TERESA DE JESÚS

¿Pues aun quiere más consuelo
y hartura mayor, hermana,
que buscar cocina humana
y topar con la del cielo?

INÉS DE LA CRUZ

(A Rosa de San José, muy compungida.)

¡La culpa fué de las dos!

DOÑA BEATRIZ

¡Pensar que ayunar la hacemos!

TERESA DE JESÚS

(Muy alegre.)

¡Cállense, ya comeremos
las bendiciones de Dios!

TERESICA

Pero guarde el pan...

TERESA DE JESÚS

No tal;
coman de él, en su cubierto,

las tres gallinas del huerto
que les mandó el provincial.

DOÑA BEATRIZ

Hace tres días... es cierto.

TERESICA

¡Todo lo sabe!

TERESA DE JESÚS

No hay tino,
siendo en Dios, que sea vano;
que cuidar mucho lo humano
es servir á lo divino.
Ve...

TERESICA

(Que ya iba andando hacia la lateral derecha, retrocede.)

¿No se me ocurre á mí
con que todo lo arreglemos?

INÉS Y ROSA

(Al mismo tiempo.)

¿Qué?

TERESICA

(Triunfalmente.)

¡A las gallinas matemos
y cene la madre así!

TERESA DE JESÚS

(Escandalizada.)

¡Qué dijo!... ¿Pues tú no sabes
que, Dios mediante, hija mía,
son toda la enfermería
del monasterio esas aves?

TERESICA

¡Verdad es! Mas son gallinas;
¿por qué no matarlas hoy?

TERESA DE JESÚS

¡Porque avezada no estoy
á comer las melecinas!
¡Y basta!... Ve, Teresica.

(Sale ésta por la lateral derecha.)

Venga, Hermana San José,
que cuando yo la dejé
me hacía la cara chica.

(La Hermana San José se acerca tímidamente á Teresa de Jesús; ésta, tomándole las manos, la examina atentamente.)

Ya está mejor; sano es este
monasterio de Pastrana,

(A la Madre Priora.)

¡hay que conservarlo, hermana!

DOÑA BEATRIZ

¡Cuesta!

TERESA DE JESÚS

(Poniéndose en pie; Doña Beatriz la imita y se acerca á ella.)

¡Cueste lo que cueste!

DOÑA BEATRIZ

(En voz baja, procurando apartarse con Teresa de Jesús de las otras monjas.)

¿Leyó mis cartas? No cesa
con eternas objeciones,
con fueros é imposiciones,
de inquietarme la Princesa.
Ahora mismo, ¿no es altiva
soberbia la que está usando
que, vuestra merced llegando,
sólo ella no la reciba?

TERESA DE JESÚS

¿Dónde está?

DOÑA BEATRIZ

En su celda está:
faltó al coro, cambió el traje...

TERESA DE JESÚS

¿No viene hoy el personaje?

DOÑA BEATRIZ

Pronto espero que vendrá.

TERESA DE JESÚS

Bien.

(Teresa de Jesús, por apartarse disimuladamente de las monjas, va andando mientras dura el diálogo; llega junto al pozo y, examinándolo, dice:)

Este pozo está estrecho,
madre, y menguan sus caudales...
ya avisé á dos oficiales
para que enmienden lo hecho.

DOÑA BEATRIZ

Con la excusa que ella tiene,
la ley nuestra mitigada,
ni nos obedece en nada
ni con las monjas se aviene.

TERESA DE JESÚS

(Que estará pensativa, como si no oyera á Doña Beatriz.)

Como la que hay provisoria
es pequeña á todas luces,
pienso de hacer otra noria;
¿llegaron los arcaduces?

DOÑA BEATRIZ

Sí... Tornando á la Princesa...

TERESA DE JESÚS

Diga, hermana: aquel portillo
por donde entra al huertecillo
la senda que lo atraviesa,
¿se emparedó como dije?

DOÑA BEATRIZ

Cerrado está... Mas Doña Ana
manda, apremia, altera, exige...

TERESA DE JESÚS

¿Se abrió al coro la ventana
que mandé?

DOÑA BEATRIZ

Sí... Pues me aflige
la Princesa...

TERESA DE JESÚS

¡Oh, basta, basta,
madre; que este contratiempo
no vale, aun si es corto, el tiempo
que para hablar de él se gasta!

DOÑA BEATRIZ

¿No vale, y ella es mujer
que por el reino atropella

y que hace y deja de hacer
y el Rey pregunta por ella?

TERESA DE JESÚS

¿Pues no es Dios, que me aconseja,
más que el Rey, Madre Priora?
¿Y no ha de mostrarlo ahora?
¿O para cuándo lo deja?

(Suena dulcemente la campana conventual y todas las monjas se agrupan en dos filas para retirarse de la recreación. Teresica entra, dando saltos, por la derecha.)

TERESICA

¡Ya comieron!

TERESA DE JESÚS

(Maternal; acariciando á Teresica mientras habla.)

Llega acá,
sobrina mía, un poquito;
¿qué tal á mi jardincito
con este clavel le va?
¿No bulle? ¿No disparata?
¿No replica, agrio, de intento,
á la esquila del convento
mi campanita de plata?
¿Sigue hablándolas de indianos

la indianita del Señor,
con aquel gesto de horror
que aspa y astilla sus manos?
¿Ya le hace honor al sayal?
¿Este trigo, dará harina?
Y en el huerto y la cocina,
díganme, ¿lo hace tan mal?

DOÑA BEATRIZ

(Bondadosa.)

Teresica, bien que ahora
casi es niña todavía,
ya nos promete un buen día
con sus vislumbres de aurora.
Tiene á quien, si tanto brilla,
parecerse, y yo confío;
¡no ha de zozobrar barquilla
colgada en tan buen navío!

TERESA DE JESÚS

(Abriendo los brazos y besando á Teresica.)

¡Oh, mi Teresica! ¡Oh, qué
juguete de Dios tan rico!

TERESICA

(Muy apurada, mientras la abraza.)

¡Uy, el miedo que pasé,
no dijera que replico!

TERESA DE JESÚS

(Dirigiéndose á las hermanas.)

Recójanse á devoción,
hijas mías, y provean
por la madre, en su oración;
abran bien el corazón
á lo eterno; todas sean
para el esposo inmortal,
pan hecho de cereal,
tierno, blanco, limpio, lleno,

(Por Teresica, á quien da un golpecito cariñoso en el carrillo.)

y ésta, el granito de sal
que lleva todo pan bueno.

(Teresica le besa las manos.)

DOÑA BEATRIZ

¿Está contenta del todo
nuestra Madre Fundadora?

TERESA DE JESÚS

Sí lo estoy, Madre Priora.

DOÑA BEATRIZ

¡Sea siempre de este modo!

(La Madre Priora vuelve á sentarse en su escabel de antes para recoger la labor que dejó aban-

donada; aprovecha Teresa de Jesús este momento para decir á ella y sus monjas:)

TERESA DE JESÚS

Séalo. Mis fundaciones,
si algún bien han de ejercer,
con obras tiene que ser
antes que con oraciones.
Quiero con ellas mostrar,
si Jesús me da la mano,
que lo divino y lo humano
pueden juntos prosperar.
No vengo á poner el suelo
con lo celestial en guerra,
sino á cultivar la tierra
como un arrabal del cielo.
Piensen que, en las devociones,
requiere Su Majestad
obediencia y voluntad
más que pasmos y visiones;
que, como vicios humanos
muy de carne suelen ser,
la virtud ha de tener,
como el vicio, pies y manos.
No han de ser todo retiros
ni son armas igualadas,
si el diablo combate á espadas,
luchar por Dios á suspiros.
¡Gran bien es en almas puras
hundirse en él y adorarle!
Pero es más bien fabricarle

un templo en sus criaturas.
En todas las ocasiones
y en todas partes, á Dios
se encuentra; no sólo en los
seguros de los rincones;
que en los peligros estalla
y en el tumulto, el amor,
como hombre que su valor
da á entender en la batalla.
No sólo manda la fe
querer el bien, mas forzarlo
con todas las armas que
Dios nos dió para lograrlo.
Y así huyan, que no conviene,
y es funesta devoción,
de aquella en que á quedar viene
prisionera la razón.
Huyan del gusto y regalo
de los deliquios divinos;
echen su alma á los caminos
con una alforja y un palo;
den voces, por despertar
los espíritus dormidos;
sean torrentes crecidos,
que agua quieta da en menguar.
Mírenme tantas llanuras
de esta tierra castellana,
que es tan ancha y lisa y llana
que tienta las andaduras,
¡y échense por ella en pos
de Dios cuando no responda,
que ella es para dar con Dios

dondequiera que se esconda!
No me desprecien lo humano
para hacer su alma más pura,
que Dios no ha llevado en vano
carne de nuestra figura;
que entre pastores y reyes,
cuando de frío temblaba,
¡ya el mundo santificaba
desde el vaho de los bueyes!
Piensen que aquello en que fundo
más esperanza de palmas,
no es quitarle almas al mundo,
¡sino, en el mundo, hacer almas!
Y así, á los pies de la Cruz,
sean nuestros corazones,
astros, no; pero carbones
que den calor y den luz!...
Con esto, olvídenme á mí,
pero guarden mis consejos,
que, porque fueran más lejos,
tantas veces los corrí.
Y mientras la hora me llega
de dar mi alma al bien que implora,
recen por la Fundadora,
que apenas alcanza á lega,
tosca, ruin y pecadora,
¡mas, por Dios, á toda hora
caminante y andariega!...

(La Madre Priora le besará las manos con devoción, casi arrodillada á sus pies; algunas monjas, conmovidas, le besan los pa-

ños del hábito, rodeándola; Teresa levanta sus ojos al cielo, como la otra vez, en una breve oración mental, y la Hermana Tornera, un poco descompuesta, llega por la puerta del fondo y dice:)

HERMANA TORNERA

¡Ya está aquí, madre!

DOÑA BEATRIZ

(Sobresaltada.)

¿Quién es?

HERMANA TORNERA

Aquel señor Secretario
del Rey, Don Antonio Pérez,
por Doña Ana preguntando.

DOÑA BEATRIZ

¿Se le ha dicho que las órdenes?...

HERMANA TORNERA

Las trae del Rey, en despacho
de donde cuelgan los sellos
reales, que me ha mostrado.

DOÑA BEATRIZ

¿Y pide?...

HERMANA TORNERA

Ver á Doña Ana
en su celda ó en el claustro;
le acompañan veinte lanzas
montando recios caballos.

TERESA DE JESÚS

(Serena y con gracejo.)

¡Oh, para hacer fuerza á Dios
son muy pocos veinte palos!...

(A la Hermana Tornera.)

Decid que entre.

(Sale la Hermana Tornera por el fondo; Teresa de Jesús hace gesto á la Comunidad que se retire. Salen las monjas por la lateral derecha. Teresa dice á la Madre Priora, al quedar á solas con ella:)

Dejad, madre,
caer el velo, ocultando
vuestro rostro; yo prefiero
recibirle á rostro franco;
que, como voy de camino
y estoy tan sólo en un alto,
tengo, para hacerlo así,
los permisos necesarios.

DOÑA BEATRIZ

(Todavía inquieta.)

¿Pero... pensasteis...?

TERESA DE JESÚS

¿Qué, madre?

DOÑA BEATRIZ

(Vacilando.)

Tal vez convendría...

TERESA DE JESÚS

¿Os llamo
para pediros consejos
que Dios ya me tiene dados?

(La Hermana Tornera abre la puerta del fondo; deja pasar á Don Antonio Pérez y vuelve á salir, cerrando: avanza el caballero resueltamente.)

ANTONIO PÉREZ

(A Teresa de Jesús, con altanería.)

Vuestra Merced quiera hacerme
la inmensa Madre Priora...

TERESA DE JESÚS

Soy Teresa de Jesús,
señor, una humilde monja.

ANTONIO PÉREZ

(Cambiando de tono.)

¿La de Avila está en Pastrana?
¡Largo anduvo en pocas horas!
Las últimas cartas vuestras
las pusisteis de Segovia.

TERESA DE JESÚS

Para el servicio de Dios,
muchas leguas son muy pocas.

(Dirigiéndose á la Madre Priora.)

Provéame cómo avisen
á Doña Ana de Mendoza,
Madre Priora, y que mire
lo más pronto en estar pronta;
que del Rey viene y no espera
quien la quita de nosotras.

(Sale Doña Beatriz por la lateral derecha; Teresa de Jesús ofrece á Don Antonio Pérez el sillón en que se acomoda.)

Huélgome que hayáis pensado,
para este negocio, en todas
las asperezas que tiene,

trayendo lanzas de escolta.
Tampoco yo me fiara
de los caminos y trochas
en estos tiempos, señor;
y más cuando estas son horas
que habréis de romper, volviendo
la maraña de las sombras...
¿Pensasteis, para Doña Ana,
en cabalgadura honrosa
ó en silla apropiada?

ANTONIO PÉREZ

(Desconcertado.)

¿A qué
la pregunta?

TERESA DE JESÚS

No es devota
de caminadas y pasos
la de Eboli, como esotras
novicias que me acompañan
por las calzadas, gustosas.
Una tengo, con más trazas,
que de lega, de pastora;
y me cae en gracia verla
gateando por las rocas;
mi Bernarda en tales zancas
asegura la persona,
que, viéndola quieta, es roble
cercenado á ras de copa;

y cuando, pasando un río
bajo en aguas y ancho en ondas,
sin que protestas me valgan,
en brazos suyos me toma,
os digo que á la mitad
mis maravillas se tornan
de ser yo tan de Jesús
siendo ella tan de Cristóbal...
Pero novicia la de Eboli,
no da en pujos de pastora,
y obraréis bien, evitándole
la caminada á estas horas.

ANTONIO PÉREZ

¿Hablasteis con la Princesa,
ó ella os ha hablado, señora,
de abandonar el convento,
que estos consejos importan?

TERESA DE JESÚS

Hablé con Dios.

ANTONIO PÉREZ

En la Corte
pensamos—y el Rey apoya—
que la de Eboli persiste,
con vuestra gracia, en ser monja.

TERESA DE JESÚS

La Corte tiene unas leyes

y aquí nos tenemos otras;
y verdad de Corte, á veces,
aquí mentira se torna.

ANTONIO PÉREZ

Pero yo...

TERESA DE JESÚS

Vos entendéis
de la vida y de sus pompas;
pero no de templar gaitas
en conventillos de monjas.

ANTONIO PÉREZ

No piensa el Rey que unos sellos
puestos, para hacerles honras,
al pie de súplicas mías
que, más que ordenan, imploran,
tan á mal han de tomarse
por quien tanto del Rey logra,
que escándalo á todos sean,
sin mirar á su persona.

TERESA DE JESÚS

Menos piensa Dios que escándalos
de aire al fin, ya que los forman
por quitar polvo á la tierra
los revuelos de unas tocas,
tanto suspendan á quien
sólo profesó en sus honras,

que deje á Dios indefenso
por mirar á las personas.

ANTONIO PÉREZ

No os entiendo.

TERESA DE JESÚS

Ni ello falta;
señor Secretario, importa
que me recordéis al Rey
los negocios de Segovia,
de que le veáis; la fuente
que en tierras reales cobra
los caudales de sus aguas
y aun tiene seca la boca,
que dé provisión; que entienda
en los pleitos que trastornan
nuestra casa de Sevilla
que le escribió la Priora,
que él sabe ya; y así, mande,
que aquí quedan unas monjas
rezando por él.

ANTONIO PÉREZ

Vos, madre,
sabéis con cuán poca cosa
me obligáis, y así, confío
que pondréis lo que á vos toca.

TERESA DE JESÚS

Si que os obligue queréis

y ha de ser con poca cosa,
yo mandaré que os regalen
con medio vaso de aloja.
A más no alcanza, señor,
la pobreza de unas monjas;
lo demás, como es de Dios,
es sólo Dios quien lo otorga.

(Sale Teresa de Jesús por la lateral derecha; queda Antonio Pérez un instante pensativo; luego se encoge de hombros y torna á su sillón. Una pausa. Viene Catalina de Yepes, caído el velo y seguida de otra monja, que también lleva el velo caído y que quedará junto á la puerta; Catalina de Yepes trae un medio vaso de aloja sobre un platito, y se llega á Antonio Pérez, que bebe en él.)

ANTONIO PÉREZ

(A medio beber.)

¿Previnieron á Doña Ana?

CATALINA DE YEPES

(Viendo entrar, por la derecha, á la de Eboli.)

Ella, de por sí, os responda.

(Acaba de beber Antonio Pérez; se pone en pie: las monji-

tas saludan á la Princesa y salen; Antonio Pérez y la de Eboli aguardan á que se alejen para hablar.)

PRINCESA DE ÉBOLI

(Con cierto angustioso misterio.)

¿Nada ha cambiado en la Corte
desde que yo falto?

ANTONIO PÉREZ

(Con muestras de confusión.)

Nada.

PRINCESA DE ÉBOLI

¿Y el de Escobedo?

ANTONIO PÉREZ

Sagaces
los sabuesos que le guardan,
supieron hasta hoy librarle
de todas nuestras celadas.

PRINCESA DE ÉBOLI

Hace meses, no son días,
dejé la Corte; á Pastrana
me recogí, simulando

vocaciones que alejaran
de mí las sospechas, puesto
que vos en acción quedabais;
y dejando en vuestras manos
un mandato y una daga,
esperé que el de Escobedo
callaría. No ignorabais
que juró, sobre el derecho
de la pasión que al monarca
supe inspirarle, poner
la bastardía del de Austria;
que sabe nuestros amores
y hace del saberlos arma
para combatir, al lado
del viejo Rey, mi privanza;
que en todo el cerco sin cercas
de los dominios de España,
sólo el de Escobedo osó
alzar, á mi paso, vallas.
Bien poco de mí curáis
cuando ordené á vuestra espada
cerrar tan sólo una boca
por mi amor, y os acobarda,
mal que os tengan por osado,
tanto una lengua villana,
que ella sigue hablando y es
vuestro corazón quien calla.

ANTONIO PÉREZ

(La misma confusión de antes.)

Ved, señora...

PRINCESA DE ÉBOLI

(Desdeñosa y fría.)

Os he mandado
venir, trayéndome cartas
del Rey, porque nuevas artes
pienso de poner en práctica.

ANTONIO PÉREZ

(Receloso y con voz sorda.)

¿Pretenderéis?...

PRINCESA DE ÉBOLI

(Con sarcasmo.)

Gracia darle,
puesto que vos le dais gracia.

ANTONIO PÉREZ

¡Doña Ana!

PRINCESA DE ÉBOLI

De agradecido
callará él mismo, que hoy habla
de despechado; la vida
corre siempre entre dos aguas.

ANTONIO PÉREZ

¡Aun si no lo hacéis, diciéndolo
sois cruel!

PRINCESA DE ÉBOLI

(Secamente y con altivez.)

¿Traéis las cartas
del Rey?

ANTONIO PÉREZ

(Tendiéndole un pliego, del que cuelgan los sellos reales.)

Estas son.

PRINCESA DE ÉBOLI

(Tomándolo y con un grito de triunfo.)

¡Con ellas
puedo dejar esta casa;
y yo explicaré, llegando
á San Lorenzo, al monarca,
cómo el deseo de verle
pudo en mí más que las ansias
de vocación! Escobedo
saldrá ganando en mi marcha.

ANTONIO PÉREZ

(Con gravedad y cinismo al mismo tiempo.)

Merecierais, pues las manos
se os van á jugar con brasas,
que no os advirtiera y ellas
de vos misma me vengaran.

Guardo los sellos del Rey,
nunca me diera el monarca
permiso para allanar
la santidad de esta casa;
lo que me valió con monjas
os perdería entre lanzas;
ocultadlas, no uséis de ellas,
¡yo mismo sellé estas cartas!

PRINCESA DE ÉBOLI

(Estrujando el pliego con ira.)

¡Ruin os mostráis!

ANTONIO PÉREZ

Pasos ruines
no piden mejores armas.
¡Quería llegar á vos
de todos modos!...

PRINCESA DE ÉBOLI

¿Pensabais,
no cumpliendo mis mandados,
de encontrar conmigo gracia?

ANTONIO PÉREZ

(Dueño finalmente de la situación y con cierta gravedad solemne.)

Pensaba, pues conocía

vuestras impaciencias, Ana,
tales nuevas relataros
que ellas solas os calmaran.
Esta noche, ante unas rejas,
sobre el espacio que marcan
dos calles puestas en cruz,
presagio de la que aguardan,
¡ha de callar para siempre
el de Escobedo!... Una dama
despechada nos apoya,
y como no hay mejor arma
que despechos de mujer,
de esta noche no nos falla.

(Una pausa solemne; al cabo de ella, con una mirada fría y en silencio, tiende Doña Ana su mano á Antonio Pérez, que la besa, y concluye;)

Calmad vuestras impaciencias;
bien veis que fuera, Doña Ana,
grave daño dejar hoy
los asilos de esta casa.
Buscando la sombra de ella,
las sospechas alejabais;
hoy, cuando van á estallar,
necio fuera darles cara.
Mirad de no poner pie,
que no pase la algarada
de este suceso, en la Corte;
que el noble manto os arrastra,
que vuestro escarpín es bla

y habrá sangre en las calzadas
de Madrid; aquí esperad,
bien á seguro en Pastrana,
hasta que el sol, dando en ellas,
quite á sus piedras las manchas.

PRINCESA DE ÉBOLI

(Con decisión veraz.)

Así haré.

ANTONIO PÉREZ

Mientras que, habida
de vuestras bondades gracia,
de vuestros mandatos venia,
yo regreso con mis lanzas
á la Corte.

(Saluda, y antes de salir se acerca á decirle todavía á la Princesa:)

Prevenid
vuestras astucias, Doña Ana;
que está en Pastrana, y hablé
yo mismo á la monja de Avila,
y ella osa á todo—y su voz
no tuvo son de amenaza.

PRINCESA DE ÉBOLI

(Con una sonrisa desdeñosa y altanera.)

Estando en mi casa yo,

¿temeré á nadie en mi casa?
Sobre que son mujercillas
y vos vinisteis con lanzas.

ANTONIO PÉREZ

(Alarmado; con sincera instancia.)

¡No hagáis asonada! Ved
que aquí he llegado con cartas
que, gritando yo, mi abuso
para con el Rey, gritaran;
ved que os conviene la paz
sobre todo; ved que os guardan
de sospechas estas rejas,
y os va la vida en su guarda.

PRINCESA DE ÉBOLI

Nada temo.

ANTONIO PÉREZ

Y yo quisiera
veros con temor, DoñaAna;
que, cuando acechan peligros,
pone el miedo una coraza.

(Doña Ana le sonríe, dirigiéndose á la lateral derecha, que estará cerrada, y que ella sacude para abrirla, aunque sin forcejear. Se abre la puerta; aparece, seguida de algunas monjas,

Teresa de Jesús. Lleva el manto blanco y el báculo de prioridad. A su vista, Antonio Pérez, que iba á salir, vuelve sobre sus pasos. La de Eboli se hace atrás, diciendo, contrariada:)

PRINCESA DE ÉBOLI

¡Madre!...

TERESA DE JESÚS

¿A dónde vais, Princesa?
¿Pues tan olvidada estáis
de esta casa, que ignoráis
que su única puerta es esa?

(Señalando la puerta del fondo.)

PRINCESA DE ÉBOLI

(Desconcertada.)

¿Queréis decir?...

TERESA DE JESÚS

Que aquí vive
la Comunidad entera,
y nuestra ley nos prohibe
recibir gente de fuera;
cuanto más, que está al caer
la tarde, y pues suele ser
la senda á que abre desierta,

Princesa, al anochecer,
usamos cerrar la puerta.

PRINCESA DE ÉBOLI

(Altiva.)

¿Me echáis de vos?

TERESA DE JESÚS

¡Oh, señora!
¿Le haréis reproches á quien,
para guardaros más bien,
luchando estuvo hasta ahora?
Pero, en sus leyes expresas,
nuestra institución es tal,
que han de obedecerla igual
labradoras y princesas;
el Rey y vos, hija mía,
de otro modo habéis pensado;
menos mal, que habéis pecado
en muy buena compañía.
Y así, no siendo profesa
cuando en el yerro incurrís,
de monja humilde os salís,
pero tornáis á Princesa.
Por ello, que Dios no os llama
á sí, no penséis jamás,
que, como una monja ó más,
puede servirle una dama.

(Cambiando el tono y dando algunos pasos hacia ella.)

Y antes que de aquí salgáis,
perdonad, señora, en mí,
los enfados con que os vais
y las quejas que tengáis
de las que quedan aquí.

(Se arrodilla para besarle la mano humildemente.)

PRINCESA DE ÉBOLI

(Con altanero desdén.)

¡Así, al fin, monja Teresa!
Con vuestra injuria se aviene
y esta actitud os conviene
delante de una Princesa.

TERESA DE JESÚS

(Rapto fiero; haciendo apoyo en el báculo, se yergue majestuosa.)

¡Qué!... ¿Vuestro orgullo ha de ser
más grande que mi humildad?
Yo os lo sufriera, á no ver
maltrecha la autoridad
que Dios me manda ejercer.

PRINCESA DE ÉBOLI

Esta es mi casa; yo os dí,
por que sirvierais á Dios,
posada en ella; y así,

ved quién tenga, de las dos,
más autoridad aquí.

TERESA DE JESÚS

¡Piedras que tornó sagradas
sacerdotal bendición,
no vuestras, del cielo son!

PRINCESA DE ÉBOLI

(Serena y con astucia.)

El Rey no tiene aún firmadas
las cartas de donación.
La Duquesa de Pastrana
está en su casa, y así,
volved del empeño, hermana,
que no hay quien me eche de aquí
siendo yo aquí castellana.

TERESA DE JESÚS

Las letras del corazón
bastan á Dios; la intención
del alma es toda su ley;
Dios no espera, ni del Rey,
las cartas de donación.
Si dejasteis levantar
en vuestra castellanía
el estrado que es su altar,
¿por qué hoy le queréis quitar
lo que le disteis un día?
Vais errada: olvidáis vos

en vuestra soberbia, hermana,
que cuando sois castellana
por el Rey, yo soy, por Dios,
alcaidesa de Pastrana;
y estándome confiada
la guarda de este seguro,
¡arrojaré de él, osada,
al mismo Rey si, perjuro,
le falta á la fe jurada!

PRINCESA DE ÉBOLI

¿Pues insistís?

TERESA DE JESÚS

Mas de modo
que no haga estorbo en el suelo
vuestra Pastrana de lodo
á mi Pastrana de cielo.
Quedad vos aquí: seremos
nosotras las que salgamos;
que, por mostrar que os dejamos,
no importa dónde os dejemos.
¡Quedad aquí, en el abrigo
de piedra, que os cuadra á vos,
porque la casa de Dios,
señora, mueve conmigo!

(En voz baja se vuelve á dar órdenes á sus monjas, que la rodean; vienen á primer término la de Eboli y Antonio Pérez.)

PRINCESA DE ÉBOLI

(Alarmada y con mucha instancia.)

Habrá asonada... ¡evitad
que salgan!

ANTONIO PÉREZ

Ya no hay manera.

PRINCESA DE ÉBOLI

¡Una: hacerla prisionera
con vuestras lanzas! Probad.

ANTONIO PÉREZ

(Cerrando el paso á Teresa de Jesús, que, siguiéndola la comunidad, ya se dirige al fondo.)

ANTONIO PÉREZ

Señora, pues vengo á ser
testigo de esta querella,
no extrañéis que tercie en ella
cumpliendo con mi deber;
la paz del reino turbar
podéis con vuestras andanzas,
y yo os lo quiero estorbar:
que están afuera mis lanzas
y no os dejarán pasar.

TERESA DE JESÚS

¡Mi ruta no hay quien la tuerza!

ANTONIO PÉREZ

¡Mis gentes!

(Las hermanas, aterrorizadas, rodean á la Madre Teresa.)

INÉS DE LA CRUZ

¡Dejad que ejerza
su cohecho!...

TERESICA

(Sollozando casi.)

¡Ceded vos!...

TERESA DE JESÚS

(Volviendo á andar; sencilla y sublime de fe.)

¡Metido en batalla Dios,
Dios ha de triunfar por fuerza!

(En este momento se abre la puerta del fondo y, ajena á todo lo ocurrido, entra la Hermana Tornera alborozada y gritando:)

HERMANA TORNERA

¡Madre!...

TERESA DE JESÚS

¿Qué ocurre, Tornera?

HERMANA TORNERA

(Tan emocionada y conmovida, que habla entre lágrimas.)

Que al monasterio obligados,
nuestra tropa de soldados
vuestros mandatos espera;
lumbre han hecho en el portal,
y habida su colación,
calienta su corazón
á la lumbre cada cual.
Dicen que os quieren servir;
que tan pagados están
del favor, que lucharán
por Pastrana hasta morir;
que su providencia en vos
pidan al cielo que ejerza...

TERESA DE JESÚS

(Los ojos llenos de luz, clavándolos en Antonio Pérez; con una dulzura grande y una fe poderosa:)

¡Metido en batalla Dios,
Dios ha de triunfar por fuerza!
Pero afrentas de la tierra,
cruz, escarnios, mofas, ¡todo
antes que encender la guerra!...

Señor Secretario, ¿hay modo,
cuando por vos advertidos,
vuestros soldados nos prendan,
de evitar que nos defiendan
mis pobres agradecidos?

ANTONIO PÉREZ

(Con decisión, prefiriéndolo todo á promover una asonada.)

Hay uno.

(A la Princesa.)

Dadme, Doña Ana,
la noble diestra y salgamos;
que ya en cualquier sitio estamos
más seguros que en Pastrana.

PRINCESA DE ÉBOLI

(Vacilando todavía.)

¿Y la monja habrá vencido?...

ANTONIO PÉREZ

Olvidad que sois mujer
y dadme la mano, os pido,
que nos importar ceder.

(La Princesa tiende su diestra á Don Antonio Pérez, que se dispone á salir acompañándola.)

PRINCESA DE ÉBOLI

(Altiva, al pasar por delante de Teresa de Jesús.)

¡Guarde el cielo á la alcaidesa,
que yo olvidarla no cuento!

HERMANA TORNERA

(Todavía ignorante de lo que ocurre; por los soldados.)

¿Les digo, Madre Teresa?...

TERESA DE JESÚS

¡Que le hagan acatamiento, cuando salga,
cuando salga, á la Princesa!

(Salen Antonio Pérez y la Princesa; sale tras ellos la Hermana Tornera. Teresa de Jesús les ve salir y permanece un instante silenciosa; luego, como volviendo á la realidad, dice á Catalina de Yepes:)

Hermana, cierre el portillo.

(Catalina de Yepes cierra la puerta del fondo, que quedó abierta, y Teresica, con tímida ternura, queriendo hacer olvidar á Teresa de Jesús el disgusto pasado, se le acerca:)

TERESICA

¡Madre!...

TERESA DE JESÚS

(Resolviendo en una crisis de lágrimas la tensión que la mantenía.)

¡Y ven aquí, sobrina!
Sé buena, sé buena siempre;
no cedas nunca, hija mía,
ni á la ambición, ni al orgullo,
ni á la carne; hazle contrita
promesa del alma á Dios,
¡y entra á mujer este día,
que, por aumentar mi cruz,
Dios me arrebata una hija!

(La besa en la frente; luego, haciendo un esfuerzo por serenarse, dice á las demás:)

¡Y aviven todas!... Tenemos
todo el tiempo esta vigilia
para holgar, que nuestra cena
ya dió el fruto que debía.

(Mientras se dispersan las hermanas, y cuando Teresa de Jesús se dirige hacia la columna á cuyo arrimo están las sillas, como si viera sucias las losas del claustro, exclama:)

¡Oh, cuánta tierra del mundo
sobre estas losas!

(A Teresica Cepeda.)

Sobrina,
echa tú el agua, que quiero
barrerla yo de mí misma.

(Efectivamente, tomando una escoba, que estará arrimada á la puertecita de la cocina, se dispone á barrer.)

DOÑA BEATRIZ

¡Va á cansarse!

TERESA DE JESÚS

¿Ya me cree
tan para poco?...

DOÑA BEATRIZ

Fatiga
sentirá, después de tanto
como ha luchado, hija mía.

TERESA DE JESÚS

(Barriendo ya.)

¿Yo?... ¿Pues piensa que fuí yo?
No extreme... ¡Bueno sería,
después que Dios lo hizo todo,
sentirme yo con fatiga!

Sobre que la acción no fué
tamaña, y es tan sencilla,
que los hortelanos viejos
la cumplen todos los días.

TERESICA

(Asombrada.)

¿Sí?...

TERESA DE JESÚS

Lo que acabas de oir.

TERESICA

¿Que eso hacen los hortelanos?

TERESA DE JESÚS

Cada día, con sus manos.

TERESICA

¿Como?...

TERESA DE JESÚS

Os lo voy á decir.

(Todas la rodean; ella, apoyándose un tanto en el palo de la escoba, dice:)

Plantar, con el azadón

moviendo tierra, un rosal,
me parece que es acción
en un hortelano usual.
Ya crece el arbusto y va
dando hojas con tanto brío,
que las gotas de rocío
mantiénense en ellas ya.
Y una tarde, con orgullo
lo contempla el hortelano
porque ve el primer capullo
sobre el arbusto lozano;
pero, al otro día, cuida
perder la hermosura aquella,
viendo una hoja comida
de un pulgón que la atropella.
Y avisado el hortelano,
sin dar tiempo á la invasión,
tendiendo al rosal la mano,
le quita el primer pulgón...
¡Rosal mío de Pastrana:
no quieras que me desmande
poniéndome como grande
mi pobre acción de hortelana!
¡Dame rosas, dame flores,
que yo por mi Dios las tomo
y soy codiciosa, como
los hortelanos mejores!...
Y esta historia del pulgón
aplíquela cada cual,
haciendo, sin compasión,
como yo con mi rosal,
con su propio corazón!

TERESICA

(Encantada y batiendo palmas.)

¡Qué lindo!

(Todas las hermanas asienten con un murmullo; Teresa de Jesús, llegándose al sillón de antes, toma en sus manos el libro de Juan de la Cruz y añade:)

TERESA DE JESÚS

Lindo y cumplido
lo que éste librito trae
y que ahora en su punto cae;
que leerlo he prometido.

TERESICA

(Acudiendo gozosa.)

¡Sí!

DOÑA BEATRIZ

(Obligando á Teresa de Jesús á sentarse en el sillón de cuero.)

Venga aquí.

TERESA DE JESÚS

(Al sentarse.)

Me da pena

INÉS DE LA CRUZ

(A las otras monjas, que hacen ruido mientras se van acondicionando en el suelo, á los pies de la Santa.)

¡Callen!

CATALINA DE YEPES

(A Teresica, que no ha logrado encontrar sitio todavía, reconviniéndola.)

¡Quieta!

TERESICA

(Compungida, y mientras se arrodilla á los pies de Teresa de Jesús:)

¡Seré buena!...

TERESA DE JESÚS

(Abriendo el libro.)

Pues dice así este librico
de mi medio frailecico:

(Asomando la cabeza por encima del libro abierto:)

¡Y aprovechen, que es la cena!

(Mientras toda la comunidad, abatida á sus pies, la escucha absorta, ella lee en el libro:)

«Pastores los que fuereis
»allá, por las majadas, al otero,
»si por ventura viereis
»Aquel que yo más quiero,
»decidle que adolezco y peno y muero...»

HA CAIDO EL TELON

NOTAS

...Recuerde los donativos
que deben á la Princesa
nuestras casas; que esta misma
en que habitamos, es de ella.
Mitigóle el noviciado
la propia Madre Teresa;
mas ni le cortó la acción
ni le cerró nuestras puertas...

Aunque todo el episodio de la Princesa de Eboli es trama fingida en sus detalles, que únicamente aprovecho para dar alguna hilación dramática á estas escenas, todavía en él he procurado mantenerme dentro de los límites de una verosímil interpretación histórica. No es fácil precisar la fecha del ingreso de la de Eboli en el convento de Pastrana. Dicen algunos historiadores que sucedió inmediatamente á la muerte del Duque, su marido. Pero es cierto que la Fundadora mitigó á la Princesa el noviciado de la Orden, sin duda atenta á quitarle ocasiones de que-

brantarlo. Así se desprende, por lo menos, de una nota añadida á la carta núm. XXI, en la edición Garnier, que es muy cuidada. Dice la Santa en su carta: «La monja de la Princesa de Ebuli era de llorar...» Y la nota agrega: «Puede referirse á una monja agustina que deseaba pasar á las Carmelitas Descalzas, por recomendación de la Princesa de Eboli, á lo cual se oponía Santa Teresa. Los correctores opinan que alude Santa Teresa *á la misma Princesa de Eboli, que había estado de novicia en Pastrana, aunque con el noviciado bastante mitigado.*» (Cartas de Santa Teresa de Jesús. Edit. Garnier Hermanos, pág. 36.)

La permanencia de aquel turbulento espíritu de la Mendoza entre las hijas de Santa Teresa, debió ser breve y azarosa para todas. Lo da á entender la Santa en unas líneas de esta misma carta, escrita cuando ya la Princesa habíase vuelto á la Corte, dejando el noviciado, y en que dice: «Hé gran lástima á las de Pastrana: anque se ha ido á su casa la Princesa, están como cativas...» De donde se desprende, no sólo que las mortificó y fué preocupación y obstáculo mientras duró su noviciado, sino que, ya lejos de ellas, y en son de venganza, acaso por no haber podido soportarla y servirla, las seguía persiguiendo con vejaciones y exigencias. Ni sólo con oprimirlas á ellas parecía satisfecha. En su femenil empeño de represalias, persiguió también á los frailes Descalzos que tenían igualmente casa en Pastrana. La Santa dice, siempre en la misma carta: «Ya está (la de Eboli) también mal con los frailes.» Y á continuación da su juicio sobre estas vejaciones y venganzas de la dama, concluyendo:

«No hallo por qué se ha de sufrir aquella servidumbre.»

Son estas últimas palabras indicio claro de la situación moral en que estaba Teresa de Jesús con respecto á la de Eboli. «No hallo por qué se ha de sufrir su servidumbre.» En la obrita que precede no he hecho sino glosar en la acción dramática el alcance moral de estas palabras. Ya he dicho, en otras ocasiones, que no entiendo nunca ligarme por la materialidad ni los rigores cronológicos de lo anecdótico, en estas interpretaciones dramáticas de hechos y personajes que fueron. Son los contornos morales de las almas y no el bulto material de la anécdota lo que trato de fijar.

... que era la de Eboli entonces,
en estos reinos, la Reina,
y sigue siéndolo...

Alude á los amores de Doña Ana de Mendoza con el rey Felipe II, sobre cuyo alçance disputan algunos historiadores, pero que ninguno, con datos, se atreve á negar.

... Ni sé tu tía en qué piensa,
cuando te sacó dispensa
de edad, por dejarte aquí...

Esta Teresica Cepeda era hija de D. Lorenzo Cepeda, que había hecho la campaña de Indias, permaneciendo en Lima largos años. Amaba y respetaba Teresa de Jesús á su hermano D. Lorenzo, como se ve por muchas de sus cartas; pero adoraba á su sobrina con especial predilección, gozándose en el genio bullidor y humanísimo de la preciosilla.

La quiso á su lado y fué necesaria la resolución de los superiores para dejarla (en sus comienzos) vestir hábito. Tenía, á su primer ingreso en la Orden, unos diez años solamente.

Pero la propia Santa habla de todo este negocio en cartas suyas, y más corto y ameno que todas mis consideraciones será dejar á ella misma la palabra:

«Llamóse al doctor Henríquez para lo de Teresica, que es de los mejores letrados de la Compañía. Dice que, entre otras cosas que le enviaron del Concilio, declaradas de una junta que le enviaron los cardenales para declararlas, fué ésta: que no se puede dar hábito de menos de doce años; mas criarse en el monesterio, sí. También lo ha dicho fray Baltasar el Dominico. Ya ella está acá *con su hábito*, que parece duende de casa; y su padre que no cabe de placer; y todos gustan mucho de ella; y tiene una condicioncita como un ángel, y sabe entretener bien en las recreaciones, contando de los indios y de la mar, mejor que yo lo contara.» (Cartas de Santa Teresa de Jesús. Edit. Garnier Hermanos; carta XXXVI, pág. 64.)

En otra carta, hablando de ella, añade:

«... A todas dicen las tray confusas de ver su perfección y la inclinación á oficios bajos. Dice que no piensen que, por ser sobrina de la fundadora, la han de tener en más, sino en menos.» (Carta á la Priora de Sevilla, pág. 87.)

¡Y cómo medra en sus crías
mi palomar de Pastrana!...

«... Comenzando á poblarse estos palomarcitos de la Virgen Nuestra Señora...», dice la Santa, hablando de sus monasterios, en el libro de las *Fundaciones.*

... ¡Con que, haciendo mis jornadas,
cuando descanso, he lugar,
con todo esto, de fundar
monasterio en las posadas!...

La hermana Juana de Jesús, depuso en las informaciones de Salamanca: que cuando iba la Santa á las fundaciones, llevaba agua bendita, un niño Jesús, un reloj de arena y una campanilla con que tañía á las horas de oración. Y entonces, aun los que iban en su compañía, guardaban silencio. Que en las posadas escogía aposento, en que se encerraba con sus hijas, y señalaba portera, que recibía los recados cubierta con su velo. A esta declaración de Juana de Jesús hace referencia la redondilla aquí copiada y las tres que la preceden.

... y como él es chiquitito,
digo que á ayudarnos van,
desde ahora, *fraile y medio.*

En carta que escribe la Santa á D. Francisco de Salcedo, caballero de Avila, le dice estas palabras, en recomendación de fray Juan de la Cruz:

«... Hable vuestra merced á este padre, suplícoselo, y favorézcale en este negocio, que, aunque es chico, entiendo es grande, en los ojos de Dios...» Por entonces iba San Juan de la Cruz desde Valladolid á Cortijo de Duruelo para dar principio á la reforma de los Carmelitas, descalzándose. Dice Santa Teresa que San Juan de la Cruz era chico, no por la edad, sino por la estatura, pues, en efecto, era bajito. Por eso Santa Teresa, por aquella época, solía decir que para la reforma de los Carmelitas tenía *fraile y medio*, aludiendo á fray Antonio de Jesús y San Juan de la Cruz, fundadores de la reforma en Duruelo.

... No hay tino,
siendo en Dios, que sea vano:
que cuidar mucho lo humano
es servir á lo divino.

En estas palabras y en muchas de las observaciones sobre gobierno y menuda administración del monasterio, con que Teresa de Jesús contesta, en la escena que sigue á las dudas y acusaciones de la Priora sobre la Princesa, quiere darse á entender aquel arte admirable y humano de buen gobierno y desembarazo en los negocios del mundo, que dan tanto carácter á la viviente figura de la Santa. Ella misma habla de sí propia en este sentido, en muchas de sus cartas, y aquí pondremos algunas citas, que han de mantenerlo sobradamente.

«... estoy tan baratona y negociadora, que ya sé de todo, con estas casas de Dios y de la Orden...» (Carta á su hermano D. Lorenzo Cepeda, pág. 20.)

«... Es tanta la ceguedad que tienen en tener cré-

dito de mí, que yo no sé cómo; y tanto el que yo tengo, para fiarme mil y dos mil ducados. Ansí que á tiempo que tenía aborrecidos dineros y negocios, quiere el Señor que no trate en otra cosa...» (Ibidem, pág. 22.)

«... La casa me parece bien, anque ha menester más de quinientos ducados para entrar en ella... Si vuestra merced tarda, le suplico tenga por bien comenzarnos á hacer las tapias, que son menester más de docientas: anque en esto faltase después de concluirse, llevamos nosotras la pérdida..., etc.» (A D. Pedro de la Vanda, caballero de Salamanca, página 35.)

«... Antonio Sánchez nos venía ya á dar la casa, sin hablarme más; mas yo no sé dónde tuvieron los ojos vuestra merced y el padre Julián de Avila, que tal querían comprar. Harto fué no quererla vender. Ahora andamos en comprar una cabe San Francisco, en la calle Real, en lo mejor del arrabal, cabe al Azogüejo: es muy buena.» (A Antonio Gaitán, caballero de Alba, en Salamanca, pág. 49.)

«... De el precio de la casa no estoy descontenta, ni vuestra merced lo esté; porque, á trueco de tomar buen puesto, jamás miro en dar la tercia parte más de lo que vale y aun la mitad me ha acaecido dar; porque importa tanto tenerle, un monesterio, que sería yerro mirar en ello. El agua y vista tomara yo en otra parte, con mucho más de lo que costó, muy de buena gana: gloria á Dios que ansí se ha acertado.» (A D. Rodrigo de Moya, caballero de Caravaca, pág. 63.)

«... La casa es tal, que no acaban las hermanas de dar gracias á Dios. Sea por todo bendito. Todos di-

cen que fué de balde: y ansí certifican que no se hiciera ahora con veinte mil ducados. El puesto dicen es de los buenos de Sevilla... Ha sido una dicha grande topar tal casa. Con el alcabala tenemos harta contienda. En fin, creo se habrá de pagar toda. Mi hermano nos lo había de prestar; y anda en la obra, que me quita de harto trabajo. En el escribano fué el yerro de lo del alcabala. Nuestro padre está contentísimo de la casa, y todas.

... Hácese la ilesia en el portal y quedará muy bonita. Todo viene como pintado. Esto es cuanto á lo de la casa...» (Al padre fray Mariano de San Benito, página 72.)

«... Dice el tiniente que no hay mejor casa en Sevilla, ni en mejor puesto. Paréceme no se ha de sentir en ella el calor. El patio parece hecho de alcorza. Ahora todos entran en él, que en una sala se dice misa hasta hacer la ilesia, y ven toda la casa, que en el patio de más adeñtro del servicio hay buenos aposentos, adonde estamos mejor que en la otra casa. El huerto es muy gracioso; las vistas extremadas. Harto nos ha costado el trabajo; mas todo lo doy por bien empleado, porque aún no pensé era cosa tan buena.» (Idem, pág. 74.)

En ocasiones desciende la Santa, en la administración de sus casas, á detalles tan menudos como los siguientes:

Al padre fray Jerónimo Gracián, cuando se disponía á visitar la casa de Sevilla, escribe: «... Mande vuestra paternidad que no den á comer á nadie en el locutorio en ninguna manera, porque ellas se inquietan mucho; y, si no es con vuestra paternidad, hácenlo de muy gala gana y yo la tengo peor de que

lo hagan, y ansí se lo dejé dicho, y hay muchos inconvenientes. Y basta, que no ternán ellas qué comer si lo hacen, porque las limosnas son pocas, y no lo dirán, sino quedarse han sin comer... Cuando yo estaba ahí, veía no les faltase; y no se gastaba del Convento... Todas las cosas son como se principian... Todas son mozas; y créame, padre mío, que lo más siguro es que no traten con frailes. Ninguna cosa hé tanto miedo en estos monesterios como esto; porque anque ahora es todo santo, sé en lo que verná á parar, si no se remedia desde luego, y esto me hace poner tanto en ello. Perdóneme, padre mío, y quédese con Dios...»

Y á la Madre Priora de Sevilla, en aquel mismo día, avisándole la llegada de este padre Gracián, que iba algo enfermo, escribe:

«... Yo le escribo, muy encargado, que no consienta coma ahí ninguna persona. Mire que no hagan principio (se refiere á la comida), si no fuere para él, que tiene tanta necesidad, y se podrá hacer sin que se entienda, y si se entiende, hay diferencia de prelado á súbdito; y nos va tanto en su salud, que todo es poco lo que podemos hacer. La Madre Priora enviará algún dinero, con el padre fray Gregorio, para esto, y lo que se ofreciese haber menester, que de veras le quiere mucho y ansí lo hace de gana... Yo deseo mucho que ellas no tengan inquietud en nada, sino que sirvan mucho á Nuestro Señor... A la hermana San Francisco, que sea buena historiadora para lo que pasare de los frailes...»

Todavía á más menudos detalles desciende en otra carta á la misma (pág. 78):

«... ¡Oh, qué bien me va con las túnicas que hice

de las sábanas!... Dicen por acá que es como traer lienzo... Mire mucho por sí, que más vale regalarse que estar mala...»

Sobre el pleito por la alcabala de la casa de Sevilla, escribe á la misma Madre Priora en otro lugar:

«... Siempre esté advertida que será mejor el concierto, y esto no se le olvide; porque me escribió nuestro padre que un gran letrado de la corte le había dicho que no teníamos justicia, y aunque la tuviéramos, *es recia cosa pleitos;* no olvide esto... Hoy he escrito á Madrid para que el Conde de Olivares escriba allá. Harta dicha sería ésta: Dios lo haga. Yo haré lo que pudiere en ello: plega á Dios pueda algo. Gran consuelo me da que sea la casa fresca; á truco de eso, me huelgo yo de estar en calor. No me envíen ninguna cosa, por caridad, que cuesta más que ello vale. Algunos membrillos vinieron buenos, pocos; las tollas, buenas. En Malagón se quedó el atún, y quede en hora buena.» (Páginas 91 y 92.)

«... La estameña no la quieren tan cara; la de que se hacen las sayas por acá es como las que se hacían á Teresica, y más grosera; y cuanto más grosera la hallaren, será mejor...» (A la misma, página 92.)

«... Este día me envió un hábito de una jerga, la más á mi propósito que he traído, que es muy liviana y grosera. Harto se lo agradecí, que estaba el otro muy roto para el frío...» (A la misma, página 110.)

«... Esto que dice (la Constitución primitiva de la Orden) de que sean las calzas de estopa ú jerga,

nunca se guarda, y dame pena. Avíselo á nuestro padre un día, para que adonde dice calzas, no señale más de qué han de ser, sino que diga de cosa pobre, y avísemelo; ú no diga de qué, sino sólo calzas, que mejor es; y no se le olvide...» (A la misma, pág. 112.) En efecto, las Constituciones primitivas de Santa Teresa, decían: «El calzado, alpargatas; y por la honestidad, calzas de sayal ó estopa.» Siguiendo la indicación que hace Santa Teresa en esta Carta, el padre Gracián, en las Constituciones de Alcalá, puso: «El calzado, alpargatas; y por la honestidad, calzas de sayal ó estopa, *ó cosa semejante.*» Se ve, pues, que el padre Gracián aceptó el pensamiento de Santa Teresa, poniendo: *ó cosa semejante*, donde aquella decía: *ó cosa pobre.*

«... Lo que dice el padre fray Juan de Jesús de andar descalzas, de que lo quiero yo, me cay en gracia; porque soy la que siempre lo defendí al padre fray Antonio, y hubiérase errado si tomara mi parecer. Era mi intento desear que entrasen buenos talentos que, con mucha aspereza se habían de espantar, y todo ha sido menester, para diferenciarse de esotros. Puede ser que yo haya dicho que tanto frío habrían ansí como descalzos del todo. En lo que decía parecerse eso es que tratamos cuán mal parecían descalzos, y en buenas mulas, que no se había de consentir, sino para largo camino y grande necesidad; que no venía bien lo uno con lo otro...» (A fray Mariano de San Benito, pág. 129.) En las Constituciones hechas por el padre Gracián, el año 75, se ordenaba, al capítulo X, que los religiosos anduviesen descalzos del todo ó con alpargatas de cáñamo. Esta divisiva de la Constitución

ocasionó, sin duda, la devota contienda entre aquellos padres primitivos sobre cuál de ambos extremos se había de elegir. Fray Juan de la Cruz, fray Antonio de Jesús Roca y otros defendían la total descalcez, como se vió en los principios; el padre Roca alegaba ser éste el dictamen de la Santa Madre. Pero Teresa afirma, en esta carta citada, que *nunca le pasó por el pensamiento.* Con esta respuesta y dictamen de la Santa, admitió la Orden, desde este tiempo, el uso de las alpargatas.

Ponemos á continuación párrafos de otra carta dirigida á su hermano Lorenzo. Parece, por ellos, que D. Lorenzo estaba arrepentido de tener hacienda en fincas y que habría preferido invertir su capital en censos y juros. Por la reprensión justísima que su hermana le dirige, vese que entendía de economía más que aquél. En esta y otras cartas se echa de ver que Santa Teresa odiaba los censos, sobrepasando en esto las ideas de su tiempo, pues los censos fueron una de las causas del atraso y decadencia de España. Dice así en su carta:

«... El pesarle de haber comprado la Serna, lo hace el demonio; porque no agradezca á Dios la merced que le hizo en ello, qué fué grande. Acabe de entender que es por muchas partes mejor; y ha dado más que hacienda á sus hijos, que es honra. Nadie lo oye que no le parezca grande ventura. ¿Y piensa que en cobrar los censos no hay grande trabajo?... Un andar siempre con ejecuciones...»

No terminarían las citas, si dispusiéramos de espacio, en apoyo de lo que dejamos dicho al principio de esta *Nota.*

... y así huyan, que no conviene
y es funesta devoción,
de aquella en que, á quedar viene
prisionera la razón...

Si alguna contribución pensamos hacer, aunque bien modestamente, al estudio de las doctrinas teresianas, hemos querido encerrarla principalmente en el sentido de estos consejos á la Madre Priora y su comunidad.

No cuadra á la condición de estas Notas poner aquí la defensa razonada y psicológica de nuestra representación.

Pero no dejaremos de extendernos un poco, aduciendo todas las sentencias y afirmaciones de Santa Teresa, que de varias de sus obras recogemos y que nos han llevado á imaginarla de este modo.

No dejamos de comprender cuán distinta es nuestra Teresa del fabuloso y legendario engendro de misticismo y conceptualismo, con retoques de caso

clínico, que generalmente se ha puesto en lugar de la humana, viva y castellana alma de mujer que era Teresa de Jesús, y, por este motivo, tenemos doble empeño en trasladar aquí, minuciosa y copiosamente, los materiales que nos han servido para nuestra representación.

Son éstos, escogidos entre muchos:

«... Pena tengo del gran trabajo que habrá tenido, hija mía, y tiene con tan grandes negocios; ...mas no creo ternía más salud, sino menos, *si se estuviese en la quietud que dice;* ...y ansí *paso porque trabaje, que de alguna manera ha de ser santa;* y ese *desear soledad* le está *mejor que tenerla...*» (A la Madre Bautista, Priora de Valladolid, pág. 42.)

«... Vuestra merced *no se canse en querer pensar mucho, ni se le dé nada por la meditación...* Plegue al Señor que le sepa vuestra merced servir, y yo también, algo de lo que le debemos, y *nos dé mucho en qué padecer, anque sean pulgas, duendes y caminos.*» (A Antonio Gaitán, caballero de Alba en Salamanca, pág. 49.)

«... Yo soy siempre amiga de hacer de la necesidad virtud...»

«... De eso *que dice interior, mientras más tuviese, ha de hacer menos caso de ello;* que se ve claro que es *flaqueza de la imaginación y mal humor;* y como esto ve el demonio, debe de ayudar su pedazo. Mas no haya miedo, que San Pablo dice que no permite Dios seamos tentados más de lo que podemos sufrir, y anque le parece consiente, no es ansí; antes sacará de todo esto mérito. *Acabe ya de curarse, por amor de Dios, y procure comer bien y no estar sola, ni pensando en nada. Entreténgase*

lo que pudiere y como pudiere.» (A la Priora de Valladolid, pág. 107.)

«... Antes que se me olvide, muy buena venía la del padre Mariano, si no trajera aquel latín. Dios libre á todas mis hijas de presumir de latinas. Nunca más le acaezca, ni lo consienta. *Harto más quiero que presuman de parecer simples*, *que es muy de santas*, *que no tan retóricas...*» (A la Priora de Sevilla, pág. 109.)

«... La otra cosa, que le pedí mucho, es que pusiese los ejercicios, *aunque fuese hacer cestas*, ó cualquier cosa, y sea en la hora de recreación, cuando no hubiere otro tiempo; porque, adonde no hay estudio, es cosa importantísima. Entienda, mi padre, *que yo soy amiga de apretar mucho en las virtudes, mas no en el rigor*, *como lo verán por nuestra casas; debe ser*, *ser yo poco penitente...*» (A fray Ambrosio Mariano, pág. 130.)

«... El caso es que en estas cosas interiores del espíritu, la que más acepta y acertada es, es la que deja mejores dejos... Llamo dejos, *confirmados con obras*... ¡Oh, que esta es la verdadera oración! *Y no unos gustos para nuestro gusto no más*... Yo no desearía otra oración, sino la que me hiciere *crecer las virtudes*... El que padece, pues lo está ofreciendo á Dios, *hace mucho más que el que se está quebrando la cabeza á sus solas*, y pensará, si ha estrujado algunas lágrimas, que aquello es la oración... Yo le digo que es gran cosa *obras y buena conciencia...*» (Al padre Gracián, pág. 134.)

Respondiendo, en otra carta, á su hermano Lorenzo, que se le quejaba de perder en el cuidado de su hacienda el tiempo de oración, dice:

«... Mire que es tentación: no le acaezca más, sino alabar á Dios por ello, y no piense que, *cuando tuviera mucho tiempo, tuviera más oración.* Desengáñese de eso, que *tiempo bien empleado, como es mirar por la hacienda de sus hijos, no quita la oración.* En un momento da Dios más, hartas veces, que con mucho tiempo; que no se miden sus obras por los tiempos... Luego procure tener algún espacio, en pasando estas fiestas y *entienda en sus escrituras y póngalas como han de estar.* Y el tiempo que gastase en la Serna (nombre de su hacienda) es bien gastado; y cuando venga el verano gustará de ir allá algún día. *No dejaba de ser santo Jacob por entender en sus ganados*, ni Abraham, ni San Joaquín...» (Pág. 142.)

Finalmente, casi todos estos consejos de la Santa á la Priora Doña Beatriz en nuestra obra, están apoyados en el *Capítulo V* del *Libro de las Fundaciones*, alguno de cuyos párrafos, á continuación, copiamos:

«Lo primero quiero tratar (según mi pobre entendimiento) en qué está la sustancia de la perfecta oración; porque alguno he topado, que les parece está todo el negocio en el pensamiento, y si éste pueden tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, luego les parece que son espirituales; y si se divierten (no pudiendo más), aunque sea para cosas buenas, luego les viene gran desconsuelo y les parece que están perdidos. *Estas cosas é ignorancias* no las ternán los letrados, aunque yo he topado con alguno en ellas, mas para nosotras las mujeres, de todas estas ignorancias, nos conviene ser avisadas. No digo que no es mer-

ced del Señor, que siempre pueda estar meditando en sus obras, y es bien que se procure; mas hase de entender que *no todas las imaginaciones son hábiles de su natural para esto, mas todas las almas lo son para amarle*, en que *está la perfección más que en pensar.* Ya otra vez escribí las causas de este *desvarío de nuestra imaginación*, á mi parecer no todas, que será imposible, mas algunas; y ansí no trato ahora de esto, sino quería dar á entender, que el alma no es el pensamiento...; por donde *el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho.* Y si preguntáredes ¿cómo se adquirirá este amor? Digo que, *determinándose un alma á obrar y padecer por Dios y haciéndolo cuando se ofreciere.*

Bien es verdad que del pensar lo que debemos al Señor, y quién es, y lo que somos, se viene á hacer un alma determinada, que es gran mérito, y para los principios muy conveniente; mas entiéndese, *cuando no hay de por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento de los prójimos, á que obligue la caridad*, que en tales casos, *cualquiera de estas dos cosas que se ofrezcan, piden tiempo para dejar el que nosotras deseamos dar á Dios*, que (á nuestro parecer) es estarnos á solas pensando en él y regalándonos con los regalos que nos da. *De dejar esto por cualquiera destas dos cosas, es regalarle al Señor y hacer por él:* dicho por su boca: *lo que hicíste por uno de estos pequeñitos hacéis por mí.*

Pues, si esto es verdad, ¿de qué procede el disgusto que por la mayor parte da, cuando no se ha estado mucha parte del día muy apartados y

embebidos en Dios, aunque andemos empleados en estotra cosa?... A mi parecer, por dos razones: la una, y más principal, por *un amor propio, que aquí se mezcla, muy delicado, y ansí no se deja entender, que es querernos más contentar á nosotros que á Dios.* Porque está claro que después que un alma comienza á gustar *cuán suave es el Señor*, que es más gusto estarse descansando; el cuerpo sin trabajar y regalada el alma...

Sería recia cosa que nos estuviere diciendo claramente Dios *que fuésemos á alguna cosa que le importa, y no quisiésemos sino estarle mirando*, porque estamos más á nuestro placer; donoso adelantamiento en el amor de Dios *es atarle las manos, con parecer que no nos puede aprovechar si no por un camino.*

... Pues, ea, hijas mías, no haya desconsuelo; mas cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended, si es en la cocina, *que entre los pucheros anda el Señor*, ayudándoos en lo interior y exterior.

... En lo que está la Suma perfección, claro está que *no es en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos, ni en visiones, ni en espíritu de profecía*, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, *que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad* y tan alegremente tomemos lo amargo como lo sabroso...

Mirad, hermanas, si quedará bien pagado el *dejar el gusto de la soledad.* Yo os digo que *no por falta de ella dejaréis de disponeros* para alcanzar esta verdadera unión que queda dicha, *que es hacer*

mi voluntad una con la de Dios. Esta es la *unión* que yo deseo y querría en todas, *que no unos embebecimientos muy regalados que hay,* á quien tienen puesto nombre de unión; y será así, *siendo después de esta que queda dicha;* mas si luego de esta suspensión queda poca obediencia y propia voluntad, unida con su amor propio me parece á mí que estará, y no con la voluntad de Dios.

... Aquí, hijas mías, se ha de ver el amor, *que no á los rincones, sino en mitad de las ocasiones...* Porque una persona siempre recogida, *por santa que á su parecer sea, no sabe si tiene paciencia y humildad,* ni tiene cómo lo saber... Como si un hombre fuese muy esforzado *¿cómo se ha de entender, si no se ha visto en batalla?*

... Y tengo por mayor merced del Señor *un día de propio y humilde conocimiento,* que nos haya costado muchas aflicciones y trabajos, que *muchos días de oración,* cuanto más que *el verdadero amante en toda parte ama,* y siempre se acuerda del amado.

... Y créanme que no es el largo tiempo el que aprovecha el alma en la oración, que cuando lo emplean también *en obras,* gran ayuda es para que en muy poco espacio *tenga mejor disposición para encender el amor,* que en muchas horas de consideración...»

Hay, en el mismo *Libro de las Fundaciones,* y en *su capítulo VI* otras palabras de la Santa que también hacen al caso de lo que venimos diciendo. Son así:

«... Algunas sé que estaban (suspensas) siete ó ocho horas y eran almas de gran virtud, y todo

les parecía era arrobamiento; y cualquier ejercicio virtuoso las cogía, de tal manera, que luego se dejaban á sí mesmas, *pareciendo no era bien resistir al Señor;* y ansí, poco á poco, se podrán morir ó *tornar tontas*, si no procuran el remedio...

Yo ninguna ganancia hallo en esta flaqueza corporal, que no es otra cosa, salvo que tuvo buen principio; mas sirva para emplear bien este tiempo, que tanto tiempo embebidas, *mucho más se puede merecer con un acto y con despertar muchas veces la voluntad* para que amemos á Dios, que no dejarla pausada. Así *aconsejo á las prioras, que pongan toda la diligencia posible en quitar esos pasmos tan largos*, que no es otra cosa, á mi parecer, si no dar lugar á que se *tullan las potencias y sentidos*, para no hacer lo que su alma les manda...

Dios *tanto se huelga algunas veces que consideren sus criaturas* y el poder que tuvo en criarlas, como pensar en el mesmo Criador...

Pues quede entendido de aquí, que *todo lo que nos sujetare de manera que entendamos no deja libre la razón, tengamos por sospechoso* y que nunca por aquí se ganará *la libertad de espíritu:* que una de las cosas que tiene es *hallar á Dios en todas las cosas y poder pensar en ellas;* lo demás es *sujeción de espíritu* y dejado el daño que hace al cuerpo, *ata al alma para no creer*, sino como cuando van en un camino y entran en un trampal ó atolladero, que no pueden pasar de allí, en parte hace así el alma, la cual, *para ir adelante, no sólo ha menester andar sino volar.*

DOÑA BEATRIZ

... Tal vez convendría...

TERESA DE JESÚS

¿Os llamo
para pediros consejos,
que Dios ya me tiene dados?...

Podrían parecer impropias de la humildad de la Santa estas arrogancias con que muestra, á veces, lo segura y decidida que va en sus propósitos. En una carta á la Madre Bautista, de Valladolid, hablándola de ciertos disentimientos que tenía con el padre Medina, gran autoridad y maestro de doctrina, dícela:

«... Crea que llevo mis fines y que yo he visto algún provecho en ello: por eso no le deje de enviar la carta, ni se le dé nada, anque no sea tan amigo; que ni él lo debe tanto, ni importa lo que dijere de mí...»

... que entienda,
en los pleitos que trastornan
nuestra casa de Sevilla...

Dice la Santa á la Madre María de San José, Priora de Sevilla, en carta que le escribe desde Malagón (pág. 77):

«... Díganos *del pleito y de todo*, y más de nuestro padre, si ha ya llegado...»

... Si que os obligue queréis
y ha de ser con poca cosa,
yo mandaré que os regalen
con medio vaso de *aloja.*

Esta *aloja* es bebida á que la Santa debió ser aficionada. Era el refresco con que se contentaban, no sólo nuestros antepasados, sino nuestros mismos padres, cuyos cafés llevaban los modestos nombres de *alojerías* y *botillerías.*

En una de sus cartas, dirigida á D. Francisco de Salcedo, un personaje de Avila, á quien por sus virtudes llamaban el *Caballero santo*, escribe Santa Teresa, hablando de esta bebida: «La dicha aloja diz que la hay aquí muy buena; mas como no tengo á Francisco de Salcedo, no sabemos á qué sabe, ni llevamos arte de saberlo.» Lo que da á entender que dicho caballero usaría obsequiar á sus santas amigas enviándolas regalos de *aloja*, y no es aventurado suponer que con ella obsequiarían las monjas á las personas de calidad que visitaban los monasterios.

... la paz del reino turbar
podéis con vuestras andanzas,
y yo os lo quiero estorbar...

No se crea que son estas palabras de Antonio Pérez pretexto retórico para justificar vanamente su violencia del momento. Innúmerables son las citas que aquí pudiéramos traer para mostrar las pasiones que desataban, las persecuciones que movían, los tumultos y asonadas que, en más de una ocasión, tuvieron que arrostrar las monjas Carmelitas á lo largo de sus peregrinaciones, y su ilustre Fundadora en los lugares que escogía para sus fundaciones. Traemos aquí unas líneas en apoyo, no sólo de estas palabras, sino de toda la escena, que, á primera vista, podría parecer inusitada y violenta.

«... Cuando nos apedreen á vuesa merced y al señor su yerno y á todos los que tratamos en ello, como hicieron en Avila, entonces irá bueno el ne-

gocio...» (Carta á D. Alonso Ramírez, ciudadano de Toledo, pág. 16.)

En una carta, escrita al reverendísimo padre fray Juan Bautista Rubeo de Rávena, general de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, se muestra mayormente hasta qué punto las andanzas de Santa Teresa y sus monjas podían ser perturbación en el Reino, no sólo por el demasiado celo de sus partidarios, sino por las intrigas que constantemente ejercían contra ella los Carmelitas Calzados que no tomaban la Reforma. Vese por esta carta que los enemigos de la Santa llegaron *hasta arrancar un acta del Capítulo general de la Orden, mandando á la Santa que nunca más abandonara un monasterio*, y que se dejara de fundaciones y de andar por los caminos. Copiamos algunas líneas de esta carta:

«... Yo supe la acta *que viene del Capítulo general para que yo no salga de una casa.* Habíala mandado aquí el padre provincial, fray Angel, al padre Ulloa, con un mandamiento que me notificase. El pensó me diera mucha pena, porque *el intento de estos padres ha sido dármela*, en procurar esto, y ansí se la tenía guardada... Yo digo á V. S. por cierto que, á cuanto puedo entender de mí, que me fuera gran regalo y contento, si V. S. por una carta me lo mandara, y *viera yo era doliéndose de los grandes trabajos que para mí (que soy para padecer poco) en estas fundaciones he pasado*, y que *por premio* me mandaba V. S. *descansar.*

... Porque puedo decir con verdad (y esto sabe nuestro Señor) que si algún alivio tenía *en los trabajos*, *desasosiegos*, *aflicciones y mormoraciones*

que he pasado, era entender hacia la voluntad de V. S., y le daba contento; y ansí me lo dará ahora hacer lo que V. S. me manda. Yo lo quise poner por obra: era cerca de Navidad, y, como el camino es tan largo, no me dejaron, entendiendo que la voluntad de V. S. no era aventurase la salud, y ansí me estoy todavía aquí, aunque no con intento de quedarme siempre en esta casa, sino hasta que pase el invierno; porque no me entiendo con la gente de Andalucía..., etc.»

Apenas habrá carta en el Epistolario de Santa Teresa que no hable de persecuciones y trabajos, algunos muy crueles, sufridos por Santa Teresa y por sus monjas. Así que las citas, en apoyo de los versos citados, abultarían un libro si quisiera traerlas aquí todas. Acabaré con párrafos entresacados de una carta dirigida á D. Hernando, prior de las Cuevas, desde Avila. Dicen así:

«... Dé orden como la priora pasada lea esta carta mía: que ya sabrá vuestra paternidad *cómo la han quitado el oficio* y puesto una de las que han entrado ahí, *y otras muchas persecuciones que han pasado*, hasta hacerla dar las cartas que yo las he escrito, *que están ya en poder del Nuncio*. Las pobres han estado bien faltas de quien las aconseje; *que los letrados de acá están espantados de las cosas que las han hecho hacer*, con miedo de descomuniones. Yo le tengo de que han cargado harto sus almas: debe ser sin entenderse; porque *cosas venían en el proceso* de sus dichos, que son harta falsedad; porque estaba yo presente y nunca tal pasó. Mas *no me espanto las hiciesen desatinar, porque hubo monja que la tenían seis horas en es-*

crutinio, y alguna de poco entendimiento firmaría *todo lo que ellos quisiesen...* De todas maneras, *nos ha apretado Nuestro Señor año y medio ha*, mas yo estoy confiadísima que ha de tornar nuestro Señor por sus siervos y siervas, y que se han de *venir á descubrir las marañas que ha puesto* el demonio en esa casa, y el glorioso San Josef ha de sacar en limpio la verdad, y lo que son esas monjas que de acá fueron; que las de allá no las conozco, mas sé que son creídas de quien las trata, *que ha sido un gran daño para muchas cosas.*

Suplico á vuestra paternidad, por amor de nuestro Señor, no las desampare, y las ayude con sus oraciones en *esta tribulación*, porque á solo Dios tienen, y *en la tierra no hay ninguno con quien se puedan consolar.* Mas su Majestad, que las conoce, las amparará, y dará á vuestra paternidad caridad para que haga lo mesmo.

Esa carta envío abierta, porque si las tienen puesto preceto, que den las que recibieren mías á el provincial, dé vuestra paternidad orden, como se la lea alguna persona, que podrá ser darles alivio ver letra mía. *Piénsase las querían echar del monasterio el provincial; las novicias se querían venir con ellas.* Lo que entiendo es que el demonio no puede sufrir haya Descalzos ni Descalzas, y ansí *les da tal guerra;* mas yo fío en el Señor le aprovechará poco. Mire vuestra paternidad que ha sido el todo para conservarlas ahí; ahora, que es la mayor necesidad, ayude vuestra paternidad al glorioso San Josef...» (Pág. 242.)

FIN DE LAS NOTAS

